

ralmente más selectos. Entonces no será nada peligrosa nuestra receptividad, antes nacerán de ella muchos bienes de cultura, educación y caridad.

Atraigamos a los mejores, retengamos a los que vengan. Hay que preparar las "camas del otoño" y es necesario proporcionar a los visitantes un sano descanso con una degustación íntima, selecta, de aquello español que lo merezca. ¿No será posible señalar en los carteles otros alicientes que el sol y la flamencada? Si "Spain is different" vale más como frase, una propaganda inteligente ha de encauzar a la opinión por mejores derroteros turísticos. Tal vez sea viable, por ejemplo, ofrecer también un turismo de rutas y actividades especiales, de índole casi exclusivamente artística, o religiosa, o de calidad histórica. Se trata de una política del turismo a verdadera altura, que humanice y dignifique novedad tan maravillosa.

Fernando Toscano S. I.

«EL CIERVO», Octubre de 1962

«Una mujer inquieta»

por Lorenzo Gomis

Lorenzo Gomis nos ofrece en *El Ciervo* una semblanza ágil, bien trazada, de Santa Teresa. Se lee con interés; no sólo por su estilo sugerente y fino análisis, sino también por lo que representa. Dice mucho a favor de un ambiente, más o menos vinculado a lo universitario, esa actitud abierta al mensaje humano y sobrenatural de Teresa de Jesús. También, ¿por qué no?, dice mucho a favor de Teresa —como mujer y como santa— la atracción indudable que su espíritu ejerce hoy en nosotros: siglo XX sin Indias, sin carretas y con poco peligro de "alumbrados". Sin embargo, no es sólo un centenario que pasa ante nosotros en las horas profundas del Concilio. Bien anota Gomis en su semblanza este dato ambiental: tres años antes de terminar el Concilio de Trento, la santa carmelita empezó su pequeña reforma. La Iglesia, una vez más, es unidad de espíritu. Y el Espíritu Santo que vela por la Iglesia en los Concilios, es también el que impulsa el arranque evangélico de Teresa.

Ella, sí, escribió libros. Gomis los llama "libros peligrosos, atrevidos: libros que enseñan a hacer oración". Peligrosos y atrevidos, claro está, para aquellos "medio letrados espantadizos" sin discreción de espíritu o con déficit de ciencia. Falta de luz, que se vuelve tinieblas espesísimas, por el miedo constante a un falso misticismo. Sin embargo, los libros de Teresa jamás serán audaces ni atrevidos en el sentido oscuro, demasiado autosuficiente, de otros muchos escritos. Hay en cualquier pasaje de la santa una sabia humildad que es "sentido de la Iglesia", flexibilidad espiritual sin condiciones, dispuesta a aceptar siempre la corrección más mínima que, en nombre de la Iglesia, se le hiciera. Quizá uno de los rasgos más hermosos de los santos reformadores haya sido la unión de luz sobrenatural con actitud del alma en constante abertura a la voz de la Iglesia. Teresa de Jesús lo afirma claramente. Baste sólo una cita: "Siempre en cosas dificultosas, aunque me parece que lo entiendo y que digo verdad, voy con este lenguaje de que "me parece"; porque si me engañare, estoy muy

aparejada a creer lo que dijeron los que tienen letras muchas. Porque aunque no hayan pasado por estas cosas, tienen un no sé qué grandes letrados, que como Dios los tiene para luz de su Iglesia, cuando es una verdad, dásela para que se admita; y si no son derramados, sino siervos de Dios, nunca se espantan de sus grandezas, que tienen bien entendido que puede mucho más y más" (*Moradas Quintas*, capítulo primero, p. 7).

Dice Lorenzo Gomis al final de su artículo: "Santa Teresa enseña libertad, y enseña obediencia. Si no enseñara obediencia, no sería santa. Si no enseñara libertad, no sería ella, no sería Teresa". La frase es brillante. Quizá un poco oratoria. Susceptible, por eso, de diálogo amistoso. Yo creo personalmente que libertad y obediencia en Teresa no son el haz y envés de su rica personalidad femenina y de su santidad. Puede haber, eso sí, santos con personalidad más o menos rica. Pero la santidad, actitud del espíritu proyectada en las obras, es algo que trasciende todo el ser. No hay santidad auténtica sin libertad de espíritu. Lo mismo que una obediencia estática, petrificada, sin esa libertad de los hijos de Dios, es obediencia a medias, si no es apocamiento o timidez.

Quiero cerrar el diálogo, copiando textualmente las palabras que Gomis dirige a los inquietos, los de todas edades: "A los inquietos de ahora, y de siempre, Teresa enseña que todo tiempo es bueno para esforzarse en cumplir el Evangelio, según el temple, el estado y las circunstancias de cada uno". Creo que es buena síntesis de "inquietud" y "quietud", de cara al Evangelio. Sin duda, nuestra mejor aportación al trabajo profundo del Concilio.

José Morales S. I.

LA ESTAFETA LITERARIA, núm. 250, Octubre 1962

José Luis L. Aranguren: «Un drama de la política y la soledad»

Saturnino Álvarez Turienzo, O. S. A.: «Cuand» el protagonista se llama AGUSTIN»

En realidad, es MIGUEL como debería llamarse. Nos dicen que en esta obra, que no hemos podido leer todavía, y que se reestrenó hace poco, Unamuno se desnuda, una vez más, en público, se hace centro y nervio y argumento principal de sus personajes. Al vasco de Salamanca le gustó siempre esta suerte de exhibición íntima. Le molestaba el pudor espiritual del que hacen gala los hombres de poca personalidad, sobre todo, según él, los castellanos. Las almas han de ir desnudas. "Cada uno de nosotros cree tener jorobado o con lacras y manchas el espíritu, tiembla de que se lo desnuden; pero si todos nos desnudáramos y viésemos que lo tenemos todos jorobado y con lacras y manchas, desaparecería nuestro temor".

No deja de ser curioso y un tanto paradójico el hecho de que Don Miguel se exhiba incluso en un drama que titula *Soledad*. En principio, parece que el solitario debería ser un hombre al margen, un apartado. Pero Unamuno piensa de otro modo. Precisamente en un ensayo suyo con el mismo título de *Soledad*, escribe esas líneas que he entrecorrido más arriba. Para él, "los grandes solitarios son, en efecto, los que han derramado sus espíritus entre los hombres; los más sociables". Y da una razón